

lugares antes de enviar a las primeras personas del Opus Dei a trabajar allí. Cuando estaba ya a punto de dirigirse a Austria, Álvaro del Portillo le sugirió visitar a las personas del Opus Dei que vivían en Alemania. El 1 de mayo estuvo con los miembros de la Obra en Bonn. Y el 7 de mayo fue por fin a Austria; llegó ese día a Viena, donde se entrevistó con el nuncio Giovanni Dellepiane y con el arzobispo coadjutor Franz Jachym, con el fin de preparar el terreno para abrir un Centro en Viena en cuanto abandonaran la ciudad las tropas soviéticas de ocupación.

Unos meses más tarde, el 16 de noviembre de 1955, comenzó un nuevo viaje por Europa. Salió de Roma y pasó por La Spezia, Milán y Como, camino de Suiza, donde visitó Lausana y Ginebra. De allí se dirigió a París, donde encontró a las personas del Opus Dei que vivían en el Centro instalado en el boulevard Saint Germain. Desde allí se desplazó a Chartres, Lisieux (donde rezó ante la tumba de santa Teresita), Rouen, Amiens y Lille, y a continuación a Bélgica. Estuvo en Lovaina y Amberes y continuó por Holanda, visitando Breda, Rotterdam, La Haya, Amsterdam y Utrecht. De allí se dirigió a Alemania, y pasó los primeros días de diciembre en Colonia y Múnich. Ya en Austria visitó Salzburgo y Linz, y el día 3 llegó a Viena. El 4, por la mañana, celebró Misa en la catedral de San Esteban, y rezando ante la imagen de María Pötsch, invocó por primera vez la jaculatoria *Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!* En seguida animó a todos los miembros del Opus Dei a repetir esa oración muchas veces para pedir por el inicio del apostolado del Opus Dei en los países dominados por el comunismo. De hecho, consideraba que Viena serviría de puerta para llegar a dichos lugares. Ese mismo día 4 escribió: “sigo pensando que es Viena un magnífico enclave para el oriente”. El día 7 estuvo en Bonn y el 10 regresó a Roma (cfr. AVP, II, pp. 331-338).

Al año siguiente, en el mes de junio, fue a Francia (Lyon, Versalles y París) tras

pasar por Suiza (Berna y Lausana), y a continuación se dirigió otra vez a Alemania, para regresar a Roma el 18 de julio. En 1957 viajó de nuevo a Francia en mayo; y en agosto, tras descansar en Einsiedeln, recorrió otra vez Alemania, Bélgica, Holanda y Suiza. También en julio de 1958, camino de Londres estuvo en Zúrich, descansó algunos días en Einsiedeln y visitó a las personas del Opus Dei, hombres y mujeres, establecidas en París. En septiembre, al volver de Londres, se detuvo en La Haya, Colonia y Zúrich.

En años sucesivos realizó otros viajes a ciudades italianas desde Roma, donde residía, así como a ciudades españolas y de diversos países europeos. Aquí, como decía al principio, nos hemos limitado a los años cuarenta, con alguna referencia a los cincuenta, ya que son los que más gráficamente nos sitúan ante la intensa acción de san Josemaría en la “prehistoria” del trabajo del Opus Dei en numerosas ciudades.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de.

Bibliografía: AVP, II, pp. 331-338, 254-255, 730-732; Hugo DE AZEVEDO, “Primeiras viagens de S. Josemaria a Portugal (1945)”, *SetD*, 1 (2007), pp. 15-39; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Madrid, Ariel, 2002; Assunta SCORPINI, *La Calabria di Escrivá. Viaggio sulle tracce del fondatore dell’Opus Dei*, Cosenza, Editoriale Progetto 2000, 2007.

Fernando CROVETTO

VIDA INTERIOR

1. Rasgo específico: la vida interior en medio del mundo.
2. Crecimiento cristiano y vida interior.
3. La vida interior, fruto de la gracia y de las virtudes teologales.
4. Vida interior, recogimiento y existencia ordinaria.
5. Vida interior y apostolado.

La expresión “vida interior” evoca una vida que brota o se desarrolla en el interior del espíritu y que lo enriquece. Se opone

así a la superficialidad, a la mera exterioridad, a la dispersión. En la literatura espiritual cristiana, partiendo de raíces paulinas (“interior homo”, Rm 7, 22; Ef 3, 16) y agustinianas fue empleado en un sentido técnico por la escuela espiritual francesa del cardenal De Bérulle y de Jean-Jacques Olier, del siglo XVII, que toma como modelo “la *vida interior* del alma de Jesucristo, que de la Cabeza deriva a los miembros de su Cuerpo Místico”. Desde esta perspectiva tiene un sentido mucho más fuerte y concreto que el anterior, pues hace referencia al trato de Jesús con Dios, su Padre, en el que, en virtud de la acción del Espíritu Santo, está llamado a participar el cristiano. Es éste el sentido en el que la emplea el fundador del Opus Dei, con matices propios.

1. Rasgo específico: la vida interior en medio del mundo

Las luces recibidas por san Josemaría en los años anteriores a la iluminación definitiva del 2 de octubre de 1928, cuando barruntaba el querer de Dios, se encaminaban a hacerle percibir que debía ayudar a todos los hombres a vivir la plenitud de la vida cristiana.

Eran tiempos, en la España de los años veinte, en que muchos intentaban relegar a Dios a los templos o al ámbito privado de la conciencia, o en los que en estos ambientes se vivía un cristianismo superficial o pietista. El joven sacerdote que era entonces san Josemaría sufría viendo cómo la fe y la piedad de muchos cristianos seculares estaba como desligada de su vida familiar, profesional y social. Como él mismo recordaba años más tarde, en aquella época “el apostolado se concebía como una acción diferente –distinguida– de las acciones normales de la vida corriente: métodos, organizaciones, propagandas, que se incrustaban en las obligaciones familiares y profesionales del cristiano –en ocasiones, impidiéndole cumplirlas con perfección– y que constituían un mundo aparte, sin fundirse ni entretrejerse con el

resto de su existencia” (*Carta 6-V-1945*, n. 41: AVP, I, pp. 287-288).

El Espíritu Santo hacía crecer en san Josemaría la vida nueva en Cristo, y le impulsaba a enseñarla a vivir en medio de las circunstancias ordinarias de la existencia. Por eso el término “vida” es tan frecuente en la predicación escrita y oral de san Josemaría. Por ejemplo, en el volumen *Amigos de Dios*, varias homilias o meditaciones tienen este concepto en el título: *Vida de fe*, *Vida de oración*, *Vivir cara a Dios y cara a los hombres*, *La grandeza de la vida corriente*. Es la vida de la “nueva criatura” (2 Co 3, 17), la del hombre y de la mujer que han sido hecho partícipes de la vida de Cristo: “Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 19-20). Este vivir en Cristo se recibe en el Bautismo: “fuimos sepultados juntamente con Él mediante el bautismo para unirnos a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva” (Rm 6, 3-4). Y está llamado a crecer a lo largo de su existencia, en virtud de los sacramentos (en especial de la Eucaristía) y de la personal correspondencia a la gracia.

Ya desde el comienzo san Josemaría advierte claramente que para alcanzar la santidad el camino no puede ser otro que el de cultivar una profunda vida interior, hecha de contemplación, de oración, de procurar estar en todo momento en la presencia de Dios. No vaciló en proponer este ideal alto también a los fieles seculares, cuando no era habitual hacerlo. El propósito de uno de sus escritos –*Santo Rosario*– es precisamente el de ayudar, a sus primeros destinatarios del encargo divino de hacer el Opus Dei, a ser de verdad contemplativos. Así lo explica a su confesor al pedirle consejo para su publicación: “Le entrego estas cuartillas para que haga

el favor de decirme si vería conveniente tirlarlas al velógrafo, con el fin de empujar a *nuestros amigos* por el camino de la contemplación” (CECH, p. 171). Esos “amigos” eran jóvenes seglares universitarios que se dirigían con san Josemaría.

En el prólogo de *Camino*, el lector se siente estimulado por estas palabras: “[que] te metas por caminos de oración y de Amor” (C, “Prólogo”). Años más tarde lo expresará así: “Yo escribí una buena parte de *Camino* en los años comprendidos entre 1928 y 1933, y la publiqué en 1934: y, con esa publicación, traté de preparar un plano inclinado muy largo, para que fueran subiendo poco a poco las almas, hasta alcanzar a comprender la llamada divina, llegando a ser almas contemplativas en medio de la calle” (*Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 92: CECH, p. 174).

La formulación “contemplativos en medio del mundo” es característica del fundador del Opus Dei. San Josemaría se sirve también, con frecuencia, de términos más usuales en su tiempo: vida sobrenatural, vida interior o vida espiritual. Eran años en que estaban bastante difundidas dos obras célebres de espiritualidad, que incluyen en su título esta expresión: *La vie intérieure*, de Joseph Tissot (Paris, Beauchesne et Fils, 1894) y *La vie intérieure*, del cardenal Mercier (Paris, Beauchesne, 1919). Revistas muy conocidas de la escuela dominicana de esa época son: *La Vida Sobrenatural*, fundada por el P. Arintero en 1921, y *La vie spirituelle*, de los dominicos de París, fundada en 1919. Además, san Josemaría solía aconsejar para la lectura espiritual y para los retiros el libro *El alma de todo apostolado*, del cisterciense Jean-Baptiste Chautard, publicado en 1914 y traducido al castellano en 1927, que comienza precisamente explicando qué es la vida interior.

Como maestro de vida cristiana que se sabe llamado por Dios para recordar a todos la llamada universal a la santidad, san Josemaría asimila vitalmente la tradi-

ción espiritual en un contexto secular y la transmite a los demás con una tonalidad específica, de modo que le sea accesible llevarla a la práctica a todo tipo de personas en cualquier situación. No escribe un tratado, y, en gran parte, se limita a seguir aconsejando la lectura de los clásicos de la espiritualidad cristiana antiguos y recientes. Pero renueva desde dentro esa tradición y la propone –sin rebajar lo más mínimo la radicalidad evangélica– a quienes viven en las más variadas y normales circunstancias de la vida ordinaria. La lectura de *Santo Rosario* y de los capítulos “Vida sobrenatural” y “Vida interior”, de *Camino*, lo comentan con claridad.

2. Crecimiento cristiano y vida interior

Tener vida interior alude a cultivar el crecimiento vital del hombre interior, en lugar de limitarse al horizonte de las actividades externas, y en definitiva a identificarse progresivamente con Cristo, participando cada vez con más plenitud de su filiación divina y, en consecuencia, a “endiosarse”, por emplear un término al que san Josemaría le gustaba acudir. De ahí que, en sus escritos, sean fundamentales y constantes las invitaciones al trato con Jesucristo y a la identificación con Él, especialmente en el misterio pascual, secundando dócilmente la acción del Espíritu Santo.

Cristo sigue actuando entre nosotros, de modo especial en la entrega diaria de la Sagrada Eucaristía. Por eso san Josemaría presenta siempre el Santo Sacrificio del altar como centro y raíz de la vida interior: “la Misa es centro y raíz de la vida cristiana. En toda misa está siempre el Cristo Total, Cabeza y Cuerpo. *Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso*. Porque Cristo es el Camino, el Mediador: en Él, lo encontramos todo; fuera de Él, nuestra vida queda vacía” (ECP, 102). La celebración eucarística es el medio principal de crecimiento interior: “Es el fin de todos los sacramentos (cfr. S.Th. III, q. 65, a. 3). En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue

depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación” (ECP, 87).

Coherente con ese fundamento, aconseja la participación diaria, si es posible, en el Sacrificio Eucarístico, también porque es el momento cumbre para aprender a tratar a Dios: “quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros” (ECP, 88).

San Josemaría abre horizontes de santidad y de apostolado comenzando por esa raíz que es el misterio pascual, del que todo fluye con naturalidad y con vida divina: “Ante todo, hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como Él trabajaba y amar como Él amaba?” (ECP, 154).

Partiendo de la santa Misa, la intimidad con Jesús se desarrolla mediante el encuentro vivo con su Humanidad y con su entrega: “Métete en las llagas de Cristo Crucificado. –Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior, y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar por tus deudas y por todas las deudas de los hombres” (C, 288). No tiene reparo alguno en proponer a todos esta vía hacia la unión con Jesús, de origen joánico (“mirarán al que traspasaron”: Jn 19, 37), que han practicado, entre otros, san Bernardo, san Juan de Ávila y el mismo san Josemaría: “¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! –Te «metiste» en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: “Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y ena-

mora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?” (C, 555).

No se trata de una nueva devoción o de una iniciativa humana, sino más bien de una correspondencia a la gracia: “No estorbes la obra del Paráclito: únete a Cristo, para purificarte, y siente, con Él, los insultos, y los salivazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo... Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón” (C, 58). Y, para facilitar esta acción del Espíritu Santo, aconseja algo sencillo y práctico para cualquier persona: “Tu Crucifijo. –Por cristiano, debieras llevar siempre contigo tu Crucifijo. Y ponerlo sobre tu mesa de trabajo. Y besarlo antes de darte al descanso y al despertar: y cuando se rebele contra tu alma el pobre cuerpo, bésalo también” (C, 302). No falta la sugerencia atrayente de poner todo el corazón en el trato con el Señor: “Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre –Jesús– y a decirle que le quieres” (C, 303).

La centralidad de la Misa y la identificación del fiel con Cristo en ella continúan a lo largo del día en la oración y en el trabajo; hacen posible que surjan con naturalidad los varios encuentros con Cristo que jalonan la jornada: “Procura atenerte a un plan de vida, con constancia: unos minutos de oración mental; la asistencia a la Santa Misa –diaria, si te es posible– y la Comunión frecuente; acudir regularmente al Santo Sacramento del Perdón –aunque tu conciencia no te acuse de falta mortal–; la visita a Jesús en el Sagrario; el rezo y la contemplación de los misterios del Santo Rosario, y tantas prácticas estupendas que tú conoces o puedes aprender” (AD, 149).

Un importante consejo recalca cómo se deben vivir esas manifestaciones de piedad: “No han de convertirse en normas rígidas, como compartimentos estancos; señalan un itinerario flexible, acomodado a tu condición de hombre que vive en me-

dio de la calle, con un trabajo profesional intenso, y con unos deberes y relaciones sociales que no has de descuidar, porque en esos quehaceres continúa tu encuentro con Dios. Tu plan de vida ha de ser como ese guante de goma que se adapta con perfección a la mano que lo usa” (*ibidem*).

3. La vida interior, fruto de la gracia y de las virtudes teologales

El ideal de una intensa vida interior en medio de las ocupaciones habituales se apoya en la gracia divina y se desarrolla con las virtudes, especialmente con la fe, la esperanza y la caridad. San Josemaría animaba siempre a crecer en ellas apoyándose en la gracia divina. “El fundamento de la entrega que el Señor nos pide, no se concreta sólo en nuestros deseos ni en nuestras fuerzas, tantas veces cortos o impotentes: primeramente se apoya en las gracias que nos ha logrado el Amor del Corazón de Dios hecho Hombre. Por eso podemos y debemos perseverar en nuestra vida interior de hijos del Padre Nuestro que está en los cielos, sin dar cabida al desánimo ni al desaliento” (ECP, 169). Se trata de un esfuerzo alegre, sereno: de un “ascetismo sonriente”, por usar una expresión suya.

Con ese fundamento, la vida de familia, el trabajo, la aportación a la sociedad, y el apostolado diario realizado en esos ámbitos surgen de la práctica de las virtudes, especialmente las teologales: “Me gusta hacer considerar cómo el cristiano, en su existencia ordinaria y corriente, en los detalles más sencillos, en las circunstancias normales de su jornada habitual, pone en ejercicio la fe, la esperanza y la caridad, porque allí reposa la esencia de la conducta de un alma que cuenta con el auxilio divino; y que, en la práctica de esas virtudes teologales, encuentra la alegría, la fuerza y la serenidad” (ECP, 169).

A esa vida teologal constante contribuye el hecho de que las virtudes se actualizan de modo explícito: “Los actos de

Fe, Esperanza y Amor son válvulas por donde se expansiona el fuego de las almas que viven vida de Dios” (C, 667). El término “vida interior” significa crecimiento de la vida cristiana, de la gracia, con las virtudes y los dones. Y así el cristiano, que acepta la llamada a seguir a Jesús de cerca, es designado justamente por san Josemaría “hombre de Dios” (cfr. C, 672).

4. Vida interior, recogimiento y existencia ordinaria

Consciente de que las realidades visibles pueden obstaculizar la mirada de su núcleo interior, san Josemaría aconseja cultivar el recogimiento y el silencio, como una condición necesaria para no perder la faceta más hermosa de la realidad misma: “Distraerte. –¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía... ¡Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres” (C, 283).

Las palabras de *Camino* recién citadas evidencian que, según lo entendió, lo vivió y lo predicó san Josemaría, el endiosamiento –esa realidad sublime tan comentada por los Padres de la Iglesia griegos– es posible para todos y no aleja de las realidades cotidianas: es un endiosamiento que acerca al Padre y por eso mismo “te hará más hermano de tus hermanos los hombres” (ECP, 283). San Josemaría insiste en el trato ininterrumpido con el Señor como “un camino para todos, no como una senda para privilegiados”. Entonces, “la vida interior crece, segura y firme; y se afianza en el hombre esa lucha, amable y exigente a la vez, por realizar hasta el fondo la voluntad de Dios” (ECP, 119).

El recogimiento ayuda a huir del “anonomato” en el que viven muchas personas en su relación con Dios: “No podemos escondernos en el anonimato; la vida interior, si no es un encuentro personal con Dios, no existirá. La superficialidad no es cristiana” (ECP, 174). Como san Pablo dice de Jesús: “*dilexit me et tradidit semetipsum pro me*” (Ga 2, 20), así todo cristiano es un discípulo amado del Señor y llamado a corresponder a ese amor.

5. Vida interior y apostolado

En *Camino* se lee: “Es preciso que seas «hombre de Dios», hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. –Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida «para adentro»” (C, 961). Estas palabras recuerdan la presentación de la vida activa y del apostolado como “desbordamiento de la vida interior” (CHAUTARD, 1927, p. 248).

Esta doctrina tradicional es aplicada a todos los fieles: “Nunca seáis hombres o mujeres de acción larga y oración corta” (C, 937). Al mismo tiempo san Josemaría especifica los elementos centrales de la vida interior en su orden prioritario: “Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción” (C, 82); y en su conexión interna: “La acción nada vale sin la oración: la oración se avallora con el sacrificio” (C, 81).

Por otra parte, pensando en quienes tienen la responsabilidad de transformar el mundo desde dentro, el fundador del Opus Dei advierte frente a dos riesgos: “Se ha puesto de relieve, muchas veces, el peligro de las obras sin vida interior que las anime: pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior –si es que puede existir– sin obras” (F, 734). Por eso escribe, señalando el fundamento cristológico de su afirmación, que “el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se *siente* el peso de las almas. No cabe disociar la vida in-

terior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa” (ECP, 122).

Voces relacionadas: Contemplativos en medio del mundo; Oración; Presencia de Dios.

Bibliografía: AD, 142-153, 294-316; C, 279-300; 301-324; S, 648-695; GECH, pp. 453-470, 471-491; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona, Planeta, 2001; Cornelio FABRO, “La temprera di un padre della Chiesa”, en Cornelio FABRO - Salvatore GAROFALO - Maria Adelaide RASCHINI, *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 1992, pp. 22-155; Kurt KOCH, “Kontemplativ mitten in der Welt. Die Wiederentdeckung des Taufepriestertums beim seligen Josemaría Escrivá”, en César ORTIZ (Hrsg.), *Josemaría Escrivá. Profile einer Gründergestalt*, Köln, Adamas, 2002, pp. 311-327; Janne Haaland MATLÁRY, “Work, a Path to Holiness”, en GVQ, I, pp. 155-170; George PELL, “Blessed Josemaría Escrivá’s Christocentrism”, en GVQ, I, pp. 141-153; Álvaro DEL PORTILLO, “Presentación”, en S, pp. 15-24; Id., “Presentación”, en F, pp. 15-25; Pedro RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona, EUNSA, 1986.

Lluís CLAVELL

VIDA ORDINARIA, SANTIFICACIÓN DE LA

1. La “vida ordinaria”: punto de referencia del espíritu del Opus Dei. 2. La vida ordinaria en la historia de la espiritualidad y de la cultura. 3. La grandeza cristiana de la vida ordinaria: dimensiones subjetiva y objetiva. 4. La transmisión del mensaje: algunas expresiones y metáforas utilizadas por san Josemaría. 5. En la coyuntura actual contemporánea.

La “vida cotidiana” constituye uno de los grandes descubrimientos de las cien-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.